

UNA MIRADA RÁPIDA AL DEBATE SOBRE EL FUTURO DE CUBA*

*Aurelio Alonso***

La construcción revolucionaria socialista en Cuba ha sido conducida por Fidel Castro durante casi medio siglo, y por obvias razones biológicas las figuras de la generación que protagonizó la lucha por el poder y sentó las bases de una nueva sociedad, abandonarán el escenario en un plazo relativamente corto. No podemos contemplar el problema de la sucesión como posibilidad sino como un hecho inexorable que acontecerá en un futuro cercano.

Hasta hace muy poco tiempo se eludía entre nosotros el tema, tabuado tal vez por la sospecha del morbo que pudiera rondar esa especulación. Cuando se nos preguntaba qué va a pasar en Cuba el día en que Fidel no esté (elipsis para no mencionar la muerte) nos solíamos limitar a buscar respuestas ingeniosas, también elípticas, o a emitir juicios rotundos hasta el ridículo para asegurar que todo va a marchar igual, que nada cambiará, que la sociedad cubana está totalmente preparada, que “el relevo” está ahí, que el partido es inmortal.

Lo cierto es que pareciera que no nos hemos detenido suficientemente a reflexionar, y mucho menos a debatir públicamente sobre ese futuro; nosotros los cubanos, que vivimos esta realidad y vamos a tener que vivir la venidera, y dejáramos que el debate se quede en manos externas. Manos no siempre adversas, claro está, y preocupadas a menudo por el porvenir del socialismo, dentro y fuera de Cuba. La cosa es que otra vez, en este tema como en muchos, un debate claramente cubano por su contenido nos entra de rebote.

La importancia del asunto radica en el impacto que va a significar el hecho mismo para los cubanos, para el trayecto de construcción de una sociedad de equidad y justicia, de solidaridades intensas, proclamada socialista, que al cabo él habrá dirigido durante

** Sociólogo e ensaista cubano, Subdirector da revista *Casa de las Américas*,

* Las líneas que siguen fueron redactadas en respuesta a un cuestionario presentado a un grupo de 6 estudiosos cubanos y publicado bajo el título de «Cuba: los dilemas del futuro. Un debate sobre Cuba a partir del discurso de Fidel en la Universidad de La Habana», *La Jiribilla*, No.

medio siglo con un sello marcadamente personal, tanto en lo que toca a las coordenadas del proyecto como en las decisiones coyunturales. Un camino forzado, por un bloqueo implacable, a zigzagueos estratégicos, para asegurar supervivencia, resistiendo en condiciones apreciables de austeridad para la población, bajo una permanente amenaza de agresión que se potencia en momentos críticos, restringida en la aspiración de dar al pueblo satisfacción de buena parte de sus necesidades básicas. No hace falta continuar este rosario para dibujar el paisaje socioeconómico que ha atravesado el país. A lo que intento aludir es a la realidad concreta, no a juicios de valor.

No habría motivos ni argumentos para pronosticar que el proyecto socialista cubano se vaya a hacer inviable cuando falte Fidel. Sin embargo, su salida del espacio de la toma de decisiones políticas significará la sacudida más intensa que deba experimentar la conducción del socialismo cubano. Creo que esa es una verdad de la que nadie debería dudar ni extrañarse, y que sería suficiente, aun sin entrar en otras consideraciones, para no hacer espacio a respuestas que banalicen el hecho mismo.

Cuando me preguntan acerca de esta perspectiva comienzo por decir que no puedo prever qué pasará, pero que puedo expresar mi criterio de lo que debiera pasar. Me baso ahora en esa reflexión, que he repetido en varios lugares, porque no se trata de una respuesta ocasional sino de cómo pienso, en realidad, ese futuro, y porque se conecta con todo lo que voy a decir después.

La conducción de nuestro proceso revolucionario (no me voy a permitir generalizaciones aquí) se sostiene en una doble legitimidad: la legitimidad carismática (categoría bien definida en el plano teórico desde Max Weber), basada en las capacidades y el consenso de un liderazgo histórico, personificado en la figura de Fidel, intransmisible e irrepetible por razones diversas, incluida la del genio o el talento de conductor. Por otra parte, la legitimidad institucional, basada en instrumentos políticos y jurídicos que se adoptaron desde mediados de los años setenta y que tuvieron una parcial renovación en los comienzos de los noventa, aunque retienen en medida apreciable el signo visible del diseño estructural y funcional de la burocracia soviética, con componentes positivos pero probablemente también con algunos de los defectos que hicieron que el socialismo sucumbiera en un país tan poderoso.

En la concurrencia de esas dos legitimidades en los órganos de poder el liderazgo carismático ha prevalecido, por razones obvias, sobre el institucional. Dicho sin rodeos, hoy la autoridad del Comandante en Jefe (único título que abarca todos los poderes y que desde su formalización al reestructurarse los grados militares, creo recordar, se acordó que desaparecería con Fidel), es decisiva e incuestionada en el Buró Político del PCC, en la Asamblea Nacional del Poder Popular y en el Consejo de Estado. También, por supuesto, en las Fuerzas Armadas, en las cuales, en todas las latitudes del Mundo, el Jefe de Estado deviene Comandante en Jefe en estado de guerra. Esto hace que los órganos máximos de decisión, que son, intencional y explícitamente colegiados (fueron concebidos así) se someten al liderazgo personal.

Recuerdo, entre paréntesis, que no falta quien haya cedido a la equívoca apariencia de que en la esfera del poder civil predomine un canon de estado de guerra, cuando el país vive en estado de paz. Aún si el país se ha visto forzado a vivir el estado de paz como si fuera un estado de guerra.

Tal concentración del liderazgo puede haber dado lugar a algunos desaciertos (estoy muy distante de la posibilidad de juzgar), pero ha permitido una coherencia al proyecto revolucionario, la continuidad de un consenso en torno a la soberanía, y la vitalidad de ideales de justicia social, y solidaridad, que después de un azaroso itinerario han encontrado al fin el eco apropiado en nuestro continente. La retención de esos logros, y el desarrollo de nuevos niveles de realización requerirán, a mi juicio, de un cambio en los dispositivos de poder.

En el plano ideal yo diría que la salida de la generación del liderazgo histórico del mapa político debe implicar un tránsito de esta conjunción de liderazgos a una nueva relación, en la cual los esquemas colegiados se superpongan a la voluntad individual en la toma de decisiones y en el diseño de estrategias. De hecho, es lo que se desprende de la Constitución: que el Presidente no lo es del país sino de un Consejo de Estado, y que cuando su propuesta no logre mayoría, se debe someter a la decisión colectiva. Algo similar debiera acontecer con relación a las facultades del Jefe de Estado dentro de la Asamblea Nacional.

No es nada para lo que se tenga que legislar, que tampoco significa que no se vayan a hacer pertinentes cambios institucionales. Pero éstos no saldrían de la adopción de ningún implante artificial de los patrones de la democracia liberal, sino de las exigencias propias del sistema, partiendo de una institucionalidad que, por insuficiente que sea, no ha dado todo de sí. Es un área en la cual los “consejos desde fuera”, incluidos los mejores intencionados, tienen poco que aportar.

La intervención de Fidel Castro del 17 de noviembre de 2006, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, impresionó a la audiencia porque transmitió preocupaciones que no había hecho públicas. Seguramente algunas de las que asaltan a un gran estadista que se sabe próximo a agotar su tiempo en la tierra. El experimento socialista nacido de la revolución de octubre se mostró reversible y esa catástrofe dismanteló el mito de la irreversibilidad. El epicentro de la contención poscapitalista en el sistema-mundo se desarmó (y dejó navegando en el océano neoliberal a la segunda potencia nuclear del planeta, depauperada y dependiente). ¿Qué tiene de extraño que la primera preocupación de Fidel gire en torno a la reversibilidad de nuestro propio proceso? Téngase en cuenta que en Europa no solamente fracasó el experimento, su diseño, sino que el fracaso se tragó al rumbo socialista (y a la utopía misma en la cual se cifró el proyecto bolchevique). De eso es de lo que trata la irreversibilidad. No es que lo tuvieron que hacer de otro modo sino que lo abandonaron. Una catástrofe que ha dado lugar a una crisis generalizada del paradigma socialista. No porque esté acabado, sino porque evidentemente hay que pensarlo de otras maneras, y tomando en cuenta además que el socialismo se mostró reversible.

Aquel modelo engendró el germen de su propia destrucción. Cualquier experimento socialista puede engendrarlo. Fidel valora que la Revolución no puede destruirse desde fuera, pero que puede destruirse a sí misma, y centra en la corrupción el mal que puede obrar su destrucción. Yo pienso que es cierto, pero que no lo ha dicho todo. Me pregunto además si el derrumbe del sistema soviético fue, en esencia, un efecto de corrupción, aunque la corrupción estuviera presente en el entramado de las deformaciones. Creo que al socialismo lo puede revertir, junto con la corrupción, el burocratismo y la falta de democracia. No hablo de sistemas electoralistas, de confrontaciones pluripartidistas, de contiendas en campaña, de alternancias en los

cargos de poder. Hablo de democracia, de la que no hemos sido capaces de crear sobre la Tierra, aunque todos creamos saber de qué se trata.

Dentro del capitalismo, porque la democracia que interesa no es otra que la que históricamente se ha dado: la que sirve de sostén al imperio del mercado y del dinero, a las dinámicas de enriquecimiento, que hace de lo que nosotros calificamos como corrupción su dinámica sustantiva de reproducción, y que reduce la noción de lo corrupto a la violación de sus propias reglas de juego.

Dentro de los experimentos socialistas, porque los avances en propiciar al pueblo una participación efectiva en los mecanismos de decisión, aun en los casos más loables, han sido pocos. El Che anotó en una ocasión que “las masas deben tener la posibilidad de dirigir sus destinos, resolver cuánto va para la acumulación y cuánto al consumo, la técnica económica debe operar con estas cifras y la conciencia de las masas asegurar su cumplimiento”. Este juicio apunta a un esquema a muy largo plazo, al que no se puede llegar, por supuesto, si nos traga la corrupción. Por tal motivo no sólo podemos enfrentar la superación de la corrupción como delito, sino como problema ético. El éxito frente al delito no nos garantiza que no se repita, y que los corruptos de mañana sustituyan a los corruptos de hoy.

Solo al ritmo de la construcción de una sociedad enrumbada consensualmente en la superación de la desigualdad, la miseria, la sumisión y la tiranía del capital, se hará evidente que la democracia, como poder del, por y para el pueblo, es una categoría política compatible solamente con el socialismo, que ya demostró además que no tiene – como tiene el capitalismo – la posibilidad de sostenerse sin ella.

Tenemos que acostumbrarnos a pensar que a Fidel no le quedará tiempo para hallar solución práctica a problemas que requieren de un plazo inevitablemente largo. Es muy probable que las generaciones que vengan tengan que lamentar la ausencia de su visión al tener que encarar estos problemas. A los que convivimos su tiempo también nos hubiera gustado, pienso yo, encontrar respuestas prácticas a muchas de las inquietudes que hoy nos planteamos. Estoy seguro que a él también, y que esta justa ansiedad se trasluce en ocasiones en el discurso de estos años.

Pero lo más importante a mi juicio es que no se puede pasar por alto el escenario actual. Dicho de manera muy breve: el derrumbe socialista dejó, en el imperio, ilusiones que se han desmoronado, y rápidamente el mundo comienza a vivir otra marea de transformaciones. Esta marea, que puede y debe ser más promisoría que la que condujo a la aparición el mundo que conocimos como bipolar, ha comenzado por la América Latina, con resortes en los cuales el proyecto cubano se inscribe armoniosamente. Es el escenario que se le ha abierto a la Cuba de Fidel, y que de muchas maneras la Cuba de Fidel ha ayudado a que se abra en América. La frase famosa de Margaret Thatcher para justificar la aplicación del modelo neoliberal, “No hay alternativa” se ha vuelto contra sus voceros. Ahora no hay alternativa para el imperialismo, y para los centros de poder se podría hacer muy difícil aceptar un capitalismo distinto, y no sólo ya el avance de un socialismo recreado.

Fidel Castro no podría perdonarse vivir esta realidad como un jubilado, como un simple testigo, ni el mundo que comienza a alzarse querría que lo hiciera.

La reconstrucción de paradigmas permite que emerjan ya nuevos signos. Ningún diseño tendría que copiarse, ninguna soberanía tendría que someterse, ningún interés tendría que subordinarse, ningún liderazgo tendría que imitarse. Heredamos un aprendizaje para un socialismo distinto a todo lo visto hasta hoy, y Fidel, con más experiencia en salir de reveses y hostigamientos que ningún estadista conocido, puede tener todavía cosas que aportar.

Es cierto que pecamos por muchos años, y a lo mejor seguimos pecando aún, de creernos que sabemos qué es el socialismo. También de creernos que sabemos qué es la democracia. Además es verdad que la economía dista mucho de ser una ciencia exacta. Economía “política” es un término que no nació por gusto, y que el cientificismo economista tiende a olvidar. Y a menospreciar incluso la pertinencia del debate del criterio econométrico con el extraeconómico. No es una enfermedad local entre los cubanos, ni exclusiva del socialismo. John Kenneth Galbraith, fallecido recientemente de 97 años, ni siquiera fue propuesto nunca para el Nobel de Economía porque sus teorías hurgaban demasiado fuera del ámbito puramente económico, a pesar de la cantidad y la importancia de lo que escribió y de haber sido escogido como asesor por

tres presidentes de los Estados Unidos. Por suerte parece que vamos llegando al consenso de que el socialismo del siglo XXI hay que inventarlo.

Y con todas sus insuficiencias la sociedad cubana, socialista, aunque esta palabra exprese todavía lo que quiere ser más de lo que es, cuenta con un caudal de inteligencia, con un *know how* (“capital humano” se ha puesto de moda decir) excepcional y decisivo para los cambios que se están dando en el continente. También para pensar el futuro desde una perspectiva política, económica, sociológica y ética.

Nada de esto sirve para que dejemos de preocuparnos por la coyuntura que se va a producir cuando no esté Fidel. Nunca, sin embargo, como lo miran los enemigos de la Revolución, a quienes lo que realmente les preocupa no es que algún día muera sino que pudiera seguir viviendo.

La Habana, 17 de mayo de 2006